



Revista
NÓMADE

LA CRÓNICA COMO TEJIDO ENTRE LA HISTORIA Y LA MEMORIA



MARÍA NATALIA JIMÉNEZ VIVAS
JHONATAN ALEXIS LÓPEZ GORDON

Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura,
Universidad de Nariño



LA CRÓNICA COMO TEJIDO ENTRE LA HISTORIA Y LA MEMORIA

MARÍA NATALIA JIMÉNEZ VIVAS
JHONATAN ALEXIS LÓPEZ GORDON
Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura,
Universidad de Nariño

RESUMEN

Se propone la crónica como una herramienta narrativa y pedagógica capaz de entrelazar la historia y la memoria en contextos marcados por el conflicto armado colombiano. A través de dos crónicas —*Entre la razón y la tierra* y *Se andaba con miedo*—, se analizan experiencias directas e indirectas del conflicto en territorios del sur del país, evidenciando cómo la escritura permite reconstruir, dignificar y resarcir las voces silenciadas. La propuesta subraya la importancia del relato como acto de resistencia simbólica y como vía de reconocimiento para víctimas visibles e invisibles.

PRESENTACIÓN

El conflicto armado en Colombia no nació de un solo disparo ni de un silencio. Creció lentamente, como esa grieta en la tierra, marcando en completo sigilo, dividiendo caminos, tierras, territorios y familias. En sus sombras quedaron voces que aprendieron a callar y otras que resistieron todo lo que no querían borrar. Entre tierras que esconden secretos y ríos que arrastran historia, dejan un país que ha tejido dolor con esperanza, donde cada comunidad, cada cuerpo, cada trocha y cada marca llevan su propia versión de la guerra. Y hablar de este conflicto es, entonces, escuchar esos ecos que resuenan en medio de la violencia, esas voces que han mantenido la vida y la palabra como un pan de cada día. La propuesta surge de la necesidad de narrar esos silencios y de otorgar un lugar a las historias que aún resuenan, especialmente en zonas del Putumayo alto y medio. A través de dos miradas —la de quien acompaña el dolor territorial y la de quien heredó el miedo sin ser considerado víctima directa— buscamos mostrar cómo la crónica se convierte en puente entre la historia y la memoria. Aquí, la crónica funciona como un entramado que permite narrar lo que sucedió y también lo que dolió, lo que fue visto y lo que se calló para intentar sobrevivir. En este sentido, la crónica no solo registra hechos, sino que restituye humanidad y devuelve dignidad a las voces silenciadas.

CRÓNICA: ENTRE LA RAZÓN Y LA TIERRA

«No llegué porque quería, llegué porque necesitaba, pero cuando llegué no había nada.” Fueron las palabras de mi hermana mientras avanzábamos por un camino de tierra húmeda que parecía no tener fin, caminata forjada por el silencio de los hechos pero marcada por la ausencia de las voces que fueron silenciadas, pero que aún resuenan en la memoria del viento. Caminaba a mi derecha, lenta pero firme, con esa familiaridad que solo da el haber recorrido muchas veces la misma trocha. Yo, en cambio, tropezaba con las piedras, con el cansancio, con las palabras que querían salir y con mis propios pensamientos. El aire pesaba. Había algo en ese silencio que no era solo quietud: era historia, era memoria sin descanso.

El camino se abría como un mosaico de recuerdos rotos. Cada árbol parecía guardar un secreto, cada huella una despedida. No había casas cerca, solo un eco que regresaba cada vez que intentábamos hablar del pasado. Caminamos entrelazadas, dándole paso a las preguntas que deja el frío en la intemperie.



“¿La razón importa aquí, verdad?” pregunté, sin poder sostener su mirada demasiado tiempo. Su respuesta fue un suspiro que se volvió palabra “La razón siempre importa, aunque a veces solo para justificar el dolor. Aquí la justicia casi nunca llega, y el perdón, cuando llega, se esconde.”

Continuamos en silencio. Pensé en cómo la tierra sostiene sus heridas sin resquebrajarse y en cómo el cuerpo, espejo de la tierra, también carga con sus heridas en silencio. Aunque tiene marcas, duele y seguirá doliendo, pero aprenderá a resistir sin decir palabra.

Ella, acostumbrada a esa tierra que no promete, caminaba como si cada paso fuera una afirmación de vida; como si el silencio la guiara, como si tierra le contara los secretos del dolor y la resistencia. En su andar había una súplica muda a la tierra, que ha visto tanto y aun así no deja de florecer, como si en cada paso se tejiera la memoria de los que ya no están. Yo, que venía de lejos, trataba de entender por qué la esperanza parecía tan escasa y tan necesaria al mismo tiempo.

“¿Hay más de una que pese sobre las otras?”, susurré, pensando en la razón, la justicia y la venganza.

“Depende del día. Cuando hay sol, uno cree que la justicia todavía respira; pero cuando cae la noche, solo queda la venganza soñando con ser razón.”

La miré caminar, con los ojos fijos en un horizonte que no prometía nada. Entendí entonces que no se trataba solo de llegar o regresar, sino de permanecer. Permanecer en la memoria, aunque el lugar ya no exista; permanecer en la palabra, aunque el miedo intente silenciarla.

Al final del camino, el paisaje se abrió. Había un río, unas casas dispersas, y un grupo de niños que jugaban como si la guerra nunca hubiera pasado por allí. Mi hermana sonrió por primera vez. “Aquí, al menos, queda eso: la risa todavía no se la llevan.”

Entonces, comprendí que esta historia no se trata solo del desplazamiento, sino del regreso simbólico: volver a mirar, volver a contar, volver a sentir. La tierra, aunque dolida, sigue esperando que alguien la nombre con amor y con verdad.»

El comienzo de esta crónica nació del contacto directo con comunidades del Putumayo por temas de restitución de tierras un proceso tan necesario como frágil, un intento por devolver no solo la propiedad arrebatada, sino también la dignidad perdida en medio del conflicto. Allí, donde los silencios profundos y las comunidades han sido despojadas una y otra vez, la restitución es más que un trámite: es la posibilidad de regresar al territorio que sostiene la memoria y a esa tierra que fue hogar y es memoria. *Entre la razón y la tierra*, una crónica que escucha las voces de quienes caminan de vuelta sobre caminos rotos, buscando no solo recuperar un pedazo de suelo, sino también la historia que la guerra intentó borrar. Esta crónica se va tejiendo desde la razón y la historia, desde la observación que intenta ayudar y acompañar. La narradora camina junto a las comunidades del Putumayo con la responsabilidad ética de escuchar y de sostener, aunque sea por un instante, la carga de quienes regresan a una tierra que les fue arrebatada. Desde esta perspectiva, ayudar no es solo un acto técnico o institucional; es un gesto humano que implica aprender a leer en el paisaje las huellas del dolor y reconocer en cada paso la historia que fue arrancada.

Quien acompaña, comprende que la restitución de tierras no se limita a documentos ni mapas; es un proceso donde las emociones, la memoria y la identidad pesan tanto como los límites del terreno. Por eso su papel no es guiar, sino caminar al lado: escuchar a la hermana que vuelve a un lugar vacío, sentir el silencio de la tierra, acoger las palabras que tiemblan al narrar el pasado. Desde esta mirada, la razón se convierte en herramienta para entender el conflicto, pero es la empatía la que permite habitarlo sin apropiarse de él. La protagonista sabe que no puede sanar las heridas del territorio, pero puede ayudar a encontrarlas y nombrarlas. Puede transformar el andar



en un acto de reconocimiento, y la escritura en un gesto de reparación simbólica. En este sentido, *entre la razón y la tierra*, es la voz de quienes ayudan a reconstruir la memoria sin hablar por los otros, permitiendo que cada testimonio encuentre su lugar. Es una crónica que surge del respeto por las comunidades, de la conciencia de que la tierra también necesita ser escuchada, y del compromiso de hacer visible una forma distinta de vivir el conflicto: la de quienes acompañan, sostienen y buscan que la palabra vuelva a ser hogar.

CRÓNICA: SE ANDABA CON MIEDO

«Una mañana en que el cuerpo se sentía sano, las ganas afilaban los bellos, los cartuchos estaban cargados de ideas y la emoción quería fusilar la libreta, tomé la silla, me senté, acerqué la mesa y, recordando perfectamente la clase de matemáticas, ubiqué mi brazo a noventa grados dejando caer mi cabeza sobre las falanges. Estaba bloqueado. Ya no quería escribir.

En la esquina, de reojo, miré el lápiz. Lo sujeté y, al llevarlo frente a mis ojos, observé las grietas y la suciedad que lo cubrían, semejantes al terreno fangoso de aquellas historias que contaba mi padre. Historias donde, al alba, la silueta rocosa tomaba forma de una persona sin vida.

Esta, pensé, es la voz de quienes no fueron parte visible del conflicto.

Surgió así: con una reflexión. Con la pregunta que me ronda desde hace tiempo: ¿Por qué, si mi padre vivió en ambientes de violencia, él no es considerado víctima?

La historia debe ser contada. Hay que unir los puntos, tejer los relatos que forman el gran telar colombiano.

Por un lado, están las víctimas directas: hermanos violentados, asesinados, despojados de sus bienes y de su hogar, o aquellos que aún no regresan a los brazos de su familia porque siguen desaparecidos. Por otro lado, existen las historias “normalizadas”, las que se contaban sin llanto, con una sonrisa que parecía esconder el temblor del pasado. Fue esa normalización la que me llevó a crear esta crónica.

Se andaba con miedo.

En la cintura, un treinta y ocho Smith & Wesson moldeaba la camisa por dentro del pantalón de los hombres. Se andaba con miedo. Resultaba intrigante imaginar el momento en que alguien debía tomar del calor del cuerpo ese pedazo de metal e inhalar el olor a pólvora después de los tres segundos que costaba accionar el gatillo contra otro ser humano.

No se podía hacerlo. No se debía hacerlo. Sin embargo, las personas limpiaban sus revólveres todos los días, por si acaso.

Se andaba con miedo.

A las seis de la tarde, cuando el sol se enredaba en el cabello de mi madre, ella esperaba casi llorando, de rodillas, con las palmas unidas y los ojos cerrados. Oraba. Oraba para que nada me hubiera pasado.

Una vez en casa, el temor continuaba. Yo escuchaba atentamente las historias de mi padre y la manera en que sonreía al contarlas, como si no hubiera pasado nada. Entonces volvía la pregunta: ¿Acaso eso no era ser víctima?



Se cenaba en silencio, con un centinela pendiente de que no llegaran los grupos armados a irrumpir con nuestra paz. El aire susurraba que ya eran grupos de treinta los que ataban a las personas, mataban sus gallinas y se llevaban el ganado.

Esos comentarios, junto con el sonido de las motocicletas subiendo por el camino empedrado cerca de mi casa, bastaban para que el miedo se apoderara de mi mente. Imaginaba que podían hacerles daño a mis hermanos o a mi madre.

Con dolor y escalofríos, cada noche dejábamos el calor de la cobija de la abuela para salir a dormir sobre el terreno enserenado.

Estaba perplejo, pues sus historias parecían salidas de una pantalla, e incluso me atrevía a decir que no creía en su totalidad. Policías temerosos, personas armadas, dormir bajo las estrellas, eran cosas que me parecían irreales. Hasta que en medio de la historia entró el hermano de mi padre, y con voz templada, mencionó amigos fallecidos, muertos que eran llevados en volquetas, venta de municiones y pólvora como confeti.

Y el disparo final fue que sucedió tan solo a la edad que llevo.»

Se andaba con miedo es una crónica literaria, creada para acompañar a las personas que, a pesar de no tener una certificación de víctimas ante las autoridades gubernamentales, vivieron en el ambiente violento y a la hora de transmitir estas historias, la cuentan con respeto y con temor, pero como si se hubiese normalizado. Por esta razón, fue creada; observando y acompañando el dolor de las víctimas del conflicto armado a nivel nacional y regional. Conocer sobre las historias de conflicto es construir nuevos pensamientos, nuevos valores y tomar conciencia para no repetirla. Se desarrolla en el municipio de Cuaspud, Carlosama, ubicado en el departamento de Nariño. Situado a 13 kilómetros de la ciudad de Ipiales y a 118 kilómetros de Pasto, la capital. Aquellas narraciones de familiares a cerca de lo sucedido solamente hace veinte años fue la inspiración para hablar a través de una crónica.

“Se dormía fuera de la casa, porque si llegaban estas personas armadas apoderarse de lo poco que teníamos y con nosotros ahí, hasta podían matarnos”.

El peso de estas palabras cayó en mi pecho como piedra en un poso, salpicando miedo y estupor. Pero la persona, quien lo contaba se mostraba ecuánime y serena. Era difícil aceptar lo sucedido pues yo vivía en otra perspectiva, estaba rodeado de personas amables y generosas e imaginar que se presentaron estas situaciones violentas, no daban espacio en mi corazón y mente. Creo que la importancia del sentir debe estar reflejada en las nuevas generaciones, en mi caso, escuchar a lo largo de mi infancia, sirvió para que hoy me pueda expresar por medio de la escritura y así alzar mi voz en compañía de las personas que sintieron lo mismo.

«¿Ustedes cenaban muy temprano, y al atardecer ya estaban en la casa?»

“Claro. No se podía estar hasta tarde, a eso de las seis, ya se andaba con miedo.”»

Fue la respuesta a lo que creí, era una pregunta sin formulación, que surgió por fluidez de la plática, pero en la forma como contesto a ella, daba muestra que ningún lugar parecía ser seguro cuando se acercaba la noche. Al despedirse de mí agradeció a Dios porque nunca pasó nada. Pues se refería, que en la familia no hubo fallecidos. Pero se recuerda los muertos, las motocicletas y carros transitando en altas velocidades por el camino empedrado, mientras los perros perseguían furiosos a estos vehículos desconocidos. Hoy en día, disminuyó casi a su totalidad todos estos casos de robo, muertes y vulneraciones. Mostrando un pueblo pequeño con gente trabajadora, amable, que hace sentir el calor de amistad en cada esquina y camino rural. Carlosama, vivió un ambiente de tensión pero que a través de un tejido de unión, fuerza y memoria, camina de la mano con las víctimas y personas que sintieron el conflicto armado, para abrazar y dar a conocer las narraciones de todos.



LA CRÓNICA COMO HERRAMIENTA DE RESARCIMIENTO Y PEDAGOGÍA

A través de estas narraciones entendemos que la escritura no solo recuerda, sino que educa. En el contexto colombiano, donde muchas voces aún permanecen silenciadas, la crónica puede ser una herramienta pedagógica de la memoria, porque enseña a mirar, a escuchar y a reconocer al otro.

CONCLUSIONES

Ambas crónicas dialogan como hilos que, al entrelazarse, conforman un tejido donde la palabra se convierte en puente entre la historia y la memoria. Una busca ayudar a sanar la herida del territorio, y la otra a darle voz al silencio de quienes aprendieron a vivir con el miedo. *Entre la razón y la tierra*, se construye desde la necesidad de acompañar, de mirar el territorio herido y narrar su historia con la esperanza de sanar; es una crónica que busca comprender y ayudar, que convierte la razón en herramienta de encuentro y la escritura en un acto de resarcimiento simbólico. Por su parte, *Se andaba con miedo* surge desde la memoria silenciosa de quienes no vivieron el conflicto armado de manera directa, pero lo sintieron muy cerca: en el temblor del miedo, en la plegaria de una madre, en el temblor del silencio, en la costumbre de callar para sobrevivir. Esa voz representa a las víctimas no reconocidas, a los testigos invisibles que también cargan con la herida de un país en conflicto. Ambas miradas construyen un tejido narrativo que amplía la comprensión del conflicto: la historia muestra los hechos, pero la memoria revela las emociones; la razón busca justicia, pero la palabra busca humanidad. La crónica, entonces, se convierte en un espacio donde ambos planos se encuentran: historia y memoria dialogan para devolverle rostro a lo que el miedo quiso borrar. Porque en cada historia, en cada silencio y en cada palabra, se teje la posibilidad de reconstruir lo que la violencia intentó deshilar. Al final, cuando la razón busca justicia y la memoria busca consuelo, la crónica se convierte en ese punto de encuentro donde ambos pueden seguir respirando.